

Monstruos anatómicos: fetichismo científico y “errores de la vida” en el siglo XIX

Anatomical monsters:
scientific fetichism and
“mistakes of life” in the
19th century

Nehuén Faggiano

Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.

nehuen.faggiano@mi.unc.edu.ar

Recibido: 12 de agosto de 2023

Aceptado: 5 de noviembre de 2023

Resumen: En este trabajo se intentará mostrar una continuidad del tratamiento (des)valorativo de sujetos “monstruosos” en el siglo XIX, es decir, desde el *freak-show* hasta el estudio anatómico. La exhibición y fetichismo propios del primero permanecen en el segundo, en vista de que los sujetos estudiados aún siguen siendo considerados “monstruos”, quienes son definidos, específicamente, como objetos de la ciencia. Para el desarrollo del estudio, se expondrán y analizarán los casos de Sarah Baartman (1789-1815) y Joseph Merrick (1862-1890). Luego, se considerará la distinción realizada por Canguilhem (1962) entre “monstruoso” y “monstruosidad”, con el propósito de comprender cómo la ciencia anatómica redefine a sus monstruos intentando ocultar este movimiento valorativo.

Palabras clave: MONSTRUO – ANATOMÍA - ANOMALÍA

Abstract: In this article it intend to show a continuity of the (dis)evaluative treatment of "monstrous" subjects in the nineteenth century, that is, from the *freak-show* to the anatomical study. The exhibition and fetishism of the former remain in the latter, in view of the fact that the subjects studied are still considered "monsters", who are specifically defined as objects of science. For the development of the study, the cases of Sarah Baartman (1789-1815) and Joseph Merrick (1862-1890) will be presented and analyzed. Then, the distinction made by Canguilhem (1962) between "monstrous" and "monstrosity" will be considered, with the purpose of understanding how anatomical science redefines its monsters trying to hide this valuational movement.

Keywords: MONSTER – ANATOMY - ANOMALY

Durante el siglo xix, la ciencia anatómica se consolidaba como una ciencia, formándose tal como se la conoce hoy. Durante este proceso, trajo consigo nuevas formas de conocimiento y constituyó una novedosa manera de entender a los sujetos según cómo estaban constituidos sus cuerpos. Sin embargo, esta transición no implicó una ruptura radical con las antiguas conceptualizaciones de los cuerpos anómalos, por lo que viejas maneras de pensar continuaban aún presentes en los estudios de esta redefinida ciencia.

Uno podría pensar que un término como “monstruo” sería inaplicable al estudio imparcial y objetivo de una ciencia, sobre todo, porque tratándose de un concepto valorativo no debería encontrarse en una disciplina puramente descriptiva. No obstante, la anatomía nace situada en una cultura con siglos de historia repletos de monstruos. El imaginario colectivo de lo monstruoso forma parte de esta ciencia a un nivel mucho más primario y elemental del que se podría creer. En este trabajo se argumentará que la anatomía formó parte de la construcción de una nueva definición de monstruo, resignificando, de esta manera, lo que se entiende por “monstruosidad”. En otras palabras, se buscará defender que el monstruo anatómico existe. Para ello, se recopilaron dos ejemplos de “monstruos” —construidos como tales por la anatomía—, fundamentalmente, los casos de Sarah Baartman (1789-1815) y Joseph Merrick (1862-1890), quienes fueron exhibidos en *freak-shows* y cuyos cuerpos estuvieron sujetos a un exhaustivo estudio anatómico. Además, se mostrará cómo el fetichismo y la exhibición propios al *freak-show* continuaban presentes en el estudio científico de estos sujetos, en virtud de que existe un sentido en el cual los monstruos, a pesar de que son reducidos a irregularidades anatómicas, conservan su carácter de monstruosidades. Posteriormente, se elegirá la distinción planteada por Canguilhem (1962) entre monstruoso y monstruosidad, con el propósito de comprender mejor la particular manera en que la ciencia define a sus monstruos y, a su vez, una nueva manera de concebir lo monstruoso. De este modo, se intentará establecer algunas características conceptuales específicas del nuevo “monstruo anatómico”.

En primer lugar, se iniciará con el caso de Merrick. Para esto, se considera el trabajo realizado por Durbach (2007), que se titula *Monstrosity, Masculinity, and Medicine: Reexamining 'the Elephant Man'*. Nadja fue apodado “el hombre elefante” por sus supuestas similitudes físicas con el animal, trabajó siendo expuesto en *freak-shows* como atracción de circo, principalmente, en Londres. Además, mantuvo una relación relativamente amistosa con Frederick Treves, reconocido anatomista y cirujano de la época, quien, mientras aún vivía, exhibió su cuerpo en el Hospital Real de Londres (desnudándolo en frente de otros doctores) y lo diseccionó tras su muerte. Fue el principal divulgador de la historia de Merrick en su ensayo titulado *The Elephant Man*, en 1923. Su esqueleto permanece como parte de la colección del Hospital Real para estudiantes y profesionales de la medicina.

Al narrar la historia de Merrick, sea en el propio libro de Treves o en la

famosa película de 1980, suele resultar tentador dividir su vida en dos áreas. Por un lado, la trágica época en la que habría sido tratado como un monstruo por su cruel promotor, Tom Norman, quien se beneficiaba del maltrato hacia lo que la sociedad percibía como un animal, objeto de morbo y fuente de espectáculo. Por otro lado, luego del rescate de Treves, Merrick comenzaría a ser respetado, considerado otro ser humano más, es decir, un par a la altura de cualquier persona “normal”. En este momento de su vida tendría el privilegio de entrar en contacto con la clase alta, por ejemplo, con la actriz Madge Kendal o la princesa Alejandra de Dinamarca. Para ello, muestra su lado sentimental, hablando de su madre y, en paralelo, su deseo por ser igual al resto. Sin embargo, bajo el manto de Treves y del Hospital Real se le concedería una nueva humanidad que no era tenida en cuenta en su época trabajando como *freak*.

Al profundizar en la vida de Merrick, esta narrativa comienza a desvelarse como una ficción romántica, la cual no tiene por qué asistarnos en comprender o juzgar mejor los hechos. Si bien durante su trabajo con Norman el cuerpo de Merrick era exhibido por dinero, también con Treves sucedía una exhibición similar —donde el morboso espectáculo por lo anómalo continuaba—. En ambos casos, ¿qué hacía de su cuerpo algo tan peculiar que llamara el interés de tantos especialistas en medicina? Sin duda, la anomalía continuaba siendo el factor esencial. Incluso, considerando que se cobraba por las exhibiciones, el motivo subyacente no era exclusivamente monetario, sino el prestigio que le permitía obtener. Las exhibiciones se encontraban definidas por el marco institucional que las contenía.

Exhibir el cuerpo anormal era tan central para la identidad profesional de Treves como lo era para Norman, pues era a través de estas prácticas de exhibición corporal y las clases que las enmarcaban que profesionales de la medicina afirmaban ser expertos en monstruosidades y lograban atraer estudiantes pagos a sus clases. (Durbach, 2007, p. 41).

Por otra parte, Treves regularmente utilizaba su vínculo con Merrick para establecerse como alguien capacitado en producir conocimiento anatómico, además de atraer atención y simpatía tanto para él como para su hospital. Así, observar a esta “criatura” mitad hombre y mitad elefante se volvió un entretenimiento para aquellos que establecían buenas relaciones con el cirujano. También, “era sólo la élite, cuya filantropía pagaba el mantenimiento de Merrick, quien tenía derecho a verlo en el hospital” (Treves, 1923, p. 55). De esta manera, Merrick era un fetiche no solo para las personas establecidas en el poder, sino también para aquellas con una significativa influencia económica. Al pagar por ver al monstruo se establecía una dinámica similar a la de Norman en los *freak-shows*, solo que esta vez con una renovada respetabilidad y un público más adinerado. De ahí que la principal diferencia es el incremento en el valor de la *commodity*. El uso constante del apodo “hombre elefante”, incluso en la época del Hospital Real, demuestra la continuidad en la exageración

y, al mismo tiempo, la espectacularización de sus características anómalas. Se utilizaban los mismos términos que llamaban la atención en los *freak-shows*, porque el atractivo seguía siendo el mismo: Merrick, quien era considerado un monstruo y los monstruos fascinaban. Al fotografiarlo, se le solicitaba que posara mostrando su lado derecho más impactado por su condición, no su lado izquierdo, el cual era menos deforme y, por tanto, menos espectacular. Este tipo de exhibicionismo implica un fetichismo de naturaleza propiamente científica y anatómica.

En segundo lugar, se analizará el caso de Sarah Baartman, quien fue apodada la “venus hotentote”. Ella era una mujer khoikhoi¹, cuyos glúteos y genitales fascinaban a la sociedad europea de principios del siglo xix. También, su cuerpo se utilizó para justificar las teorías sobre el racismo científico y, además, fue exhibida en museos franceses durante más de 100 años después de su muerte. Tras una larga lucha por parte de activistas sudafricanos, en el 2002 se logró que sus restos fueran repatriados. Su historia y legado representan una gran dimensión política, pues contribuyeron al desarrollo de investigaciones sobre el racismo, el sexismo y el colonialismo. Con base en lo expuesto, en el presente estudio solo se buscará remarcar —a través del análisis— que a partir de su tratamiento científico apenas se comenzó a explorar otras lecturas más extensas y complejas de Baartman como sujeto político. En este contexto, el artículo de Qureshi (2004), titulado *Displaying Sarah Baartman, the Hottentot Venus*, servirá como materia de análisis.

Al leer su trabajo, uno de los primeros aspectos que destaca es que muestra cómo la línea entre exhibiciones antropológicas y exhibiciones de curiosidades anatómicas estaba increíblemente desdibujada. Es decir, no existía, como con Treves, una pretendida diferenciación entre el objeto de estudio científico y el objeto de interés morboso, sino que sucedían al mismo tiempo casi sin diferenciarse. “La asociación entre exhibiciones etnológicas y humanas con curiosidades anatómicas no era poco común, ya que ambas eran comúnmente exhibidas en conjunto” (Qureshi, 2004, p. 287). Como sostiene la autora, lo peculiar del caso de Baartman era el aspecto político de su exhibición, no el hecho de que la exhibición sucediese. En 1810 se realizó un juicio para determinar si estaba siendo exhibida en contra de su voluntad. El juicio resultó en la creación de un contrato de dudosa legitimidad, en donde al final, el juez falló a favor de que la exhibición continuase, pues Baartman, al no ser considerada una esclava, habría tenido la libertad para consentir ello.

Así como sucedió con Merrick, la disciplina anatómica no tardó en apropiarse de Baartman como su objeto de estudio. En 1815 posó desnuda ante profesores del *Muséum d’Histoire Naturelle*. Al igual que Merrick, tras su muerte, el museo retuvo su cuerpo para ser examinado “bajo el pretexto de que era un espécimen singular (*singulière*) de la humanidad y por lo tanto de especial

¹Grupo étnico nómada perteneciente a África del Sur, también conocido como “hotentotes”.

interés científico” (Qureshi, 2004, p. 242). La autopsia realizada por Georges Curvier reveló cómo la ciencia y el racismo podían converger con facilidad, lo que permitía la justificación entre ambos.

La fisionomía era comúnmente usada en el siglo XIX para establecer el carácter del individuo y demostrar superioridad racial y de clase; por lo tanto la extensa discusión de Cuvier sobre el rostro de Baartman servía para confirmar su ya disminuido estatus. Cuvier tampoco pudo evitar categorizarla con numerosas especies de monos, ya que sus orejas eran pequeñas y débilmente formadas, como las de un orangután, y su labio sobresalía con frecuencia de manera similar; asimismo su cráneo se asimilaba al de un mono más que cualquier otro que él hubiese examinado. Incluso su vivacidad era traducida a movimientos rápidos e inesperados como aquellos propios de un primate. (Qureshi, 2004, p. 242)

De manera similar que Merrick, a quien se le caracterizaba como hombre elefante, a Baartman se la describía como mujer mono. En la época era frecuente observar descripciones de la comunidad khoikhoi como animales primitivos. Qureshi (2004) expone en detalle la fascinación de los científicos ante este pueblo, obsesionados con lograr que posaran desnudos, pidiendo a las mujeres, por ejemplo, que se recostaran y espongan sus senos, además de que abran las piernas para mostrar su labia. La excusa quizá haya sido científica — tomar registro de lo que se veía como una especie distinta a la del europeo—, pero estos registros anatómicos también pueden ser fácilmente interpretados como excusas para una observación morbosa de sujetos considerados inferiores. De esta manera, la integridad de las personas estudiadas, sus deseos y su comodidad, nunca eran considerados como factores relevantes.

Los restos de Baartman permanecieron en museos como un espécimen científico. Su esqueleto fue removido de exhibición en 1974, pero no fue repatriado hasta el 2002 debido a la constante negativa del museo. Philippe Mennecier, curador asistente del museo, se justificaba alegando que “nunca se sabe qué es lo que la ciencia será capaz de decirnos en el futuro. Si ella es enterrada, esta oportunidad será perdida [...]. Para nosotros continúa siendo un tesoro de gran importancia”² (Qureshi, 2004, p. 246).

En relación con la última expresión presentada en la cita, resulta difícil de creer que el museo deseara mantener a Baartman para su genuino estudio y no por la publicidad que traía a la institución. Sin duda, estas monstruosidades anatómicas mantienen una dualidad evidente. Primero, son monstruos en el sentido de que por sus características anatómicas no se corresponden con la norma y, por tanto, sus cuerpos son considerados grotescos y objeto de fascinación morbosa. Al mismo tiempo, sin embargo, no son monstruos míticos, amenazas oscuras y diabólicas, sino, más bien, son monstruos neutralizados

² Qureshi (2004) cita a Mennecier en su texto comentando que con esta afirmación el curador continúa “la legitimación de su valor putativo como un artefacto, incluso como uno escondido de la mirada pública” (p. 246), en relación con los restos de Baartman.

por los análisis científicos subyugados a la norma. Para entender esta diferencia, resulta conveniente utilizar la distinción que realiza Canguilhem (1962) entre monstruoso y monstruosidad dentro de lo que denomina la época del positivismo. Para este autor, lo monstruoso sería lo fantástico, la maravilla, perteneciente al ámbito de la imaginación, un anti-mundo, un contravalor a la vida. En contraste, la monstruosidad es el producto de la ciencia, el monstruo incorporado a la norma, a las leyes de la vida, despojado de su carácter irruptivo.

Quando la monstruosidad se convierte en un concepto biológico, cuando las monstruosidades son divididas en clases según relaciones constantes, cuando se alardea de poder provocarlas experimentalmente, entonces el monstruo es naturalizado, lo irregular se somete a la norma, el prodigio a la previsión. (Canguilhem, 1962, p. 40)

A partir de lo expuesto, Merrick y Baartman son lo irregular sometido a la norma; es decir, son sujetos patológicos reducidos a los parámetros científicos, comprendidos por la ciencia y a su completa disposición. La anatomía en el siglo XIX presenta un claro dominio sobre el monstruo; incluso reducido a patología, conserva algo de su naturaleza monstruosa. Los monstruos pueden ser objetos de estudio científicos, pero entendiendo esto, ¿qué es lo que hace al monstruo tal si no su monstruosidad? Canguilhem (1962) muestra que estos términos son históricos; cambian dependiendo de la cosmovisión de cada época. La ciencia no se deshace de lo monstruoso, al contrario, le provee de un nuevo significado. El monstruo permanece, pero permanece transformado. Así, mientras, por un lado, Canguilhem (1962) afirma que “no hay nada de monstruoso en las monstruosidades” (p. 47); por otro, en el mismo párrafo sostiene que “esta fórmula positivista, que define un mundo como un sistema de leyes, ignora que su significado concreto se lo otorga su relación con el significado de una máxima opuesta, que la ciencia excluye, pero que la imaginación aplica” (p. 47). Al respecto, uno podría preguntarse si esta división entre ciencia e imaginación no es similar a la que realizaba Treves (1923) acerca de los *freak-show* y el estudio anatómico. Después de todo, ambos fenómenos ocurren en el mismo lugar, es decir, en la mente humana. La separación quizá resulte ser más artificial de lo que parece. ¿Y si las monstruosidades son efectivamente monstruosas, solo que la fórmula positivista intenta, sin éxito, ocultarlo, redefiniendo así lo que significa ser un monstruo?

En relación con lo presentado, monstruosidades no monstruosas implicaría deshacerse de aquello que hace al monstruo como tal. Sin embargo, el monstruo siempre será monstruoso, siempre habrá un componente valorativo, pues siempre será objeto de desagrado, terror, maravilla y fascinación. Se utiliza el término para designar criaturas que no percibimos como completamente humanas. En ese sentido, monstruos son aquellas criaturas potencialmente

peligrosas que nos causan rechazo. De ahí que es un término que fue adoptado por la biopolítica (Torrano, 2014), en vista de que permite revalorizar sujetos y, a su vez, convertirlos en amenazas para excusar su dominación. En otras palabras, deshacernos del término “monstruoso” implica desprendernos de todas estas connotaciones valorativas. No obstante, ese no es el camino tomado por Canguilhem (1962). La continuidad de lo monstruoso permanece; la patología no es neutral, es fantástica. Anomalía no es solo salirse de la norma, es ser anormal, es no encajar en la expectativa. Esta es una división ontológica donde la línea es poco precisa, pero no por ello es invisible. La ciencia fracasa al pretender que no percibe a sus objetos de estudio como monstruosidades. Como ciencia, no es que desee reproducir monstruosidades, pero el quehacer científico no está aislado, no es capaz de ignorar las valoraciones respecto a lo monstruoso que le son propias a su contexto de producción. Esto implica que tanto ciencia como monstruo son productos de la historia que, como se mostró, permanecen vinculados al menos hasta el siglo xix. La ciencia no se deshizo de los monstruos, sino que los redefinió. Es decir, los volvió a crear para una nueva época.

En definitiva, tanto Merrick como Baartman eran vistos por la Europa del siglo xix y por el ojo científico como monstruos. Así, Merrick era un monstruo interesante, que causaba maravilla y bastante desagrado —de esto queda evidencia en las descripciones de Treves (1923) —, pero al final del día era un monstruo inofensivo. Por otro lado, a Baartman se la observaba como un espécimen inferior, esto es, como un animal que debía ser estudiado por cómo se diferenciaba de la mujer estándar (blanca) de la época. A pesar de ciertas diferencias, ambos fueron monstruos contruidos por la ciencia. No eran demonios como el monstruo medieval. Eran humanos, pero deformados, errores de la vida. Bajo estas premisas, lo normal vuelto anormal permitió suponer que “[...] lo patológico es lo normal frustrado o desviado. Suprimid el impedimento y obtendréis la norma” (Canguilhem, 1962, p. 44). En otras palabras, detrás de términos como patológico, frustrado, desviado e impedimento se esconde esta nueva definición de monstruosidad. Se oculta, pero todos la escuchan respirar. Así, lo monstruoso, lejos de desaparecer, permanece implícito; continúa ahí, apenas dejándose entrever, observando desde la penumbra.

Referencias bibliográficas

Canguilhem, G. (1962). La monstruosidad y lo monstruoso. *Diógenes*, IX(40), 33-48.

Durbach, N. (2007). Monstrosity, Masculinity and Medicine: Re-Examining 'the Elephant Man'. *Cultural and Social History*, 4(2), 193-213. <https://doi.org/10.2752/147800307X199047>

Qureshi, S. (2004). Displaying Sara Baartman, the 'Hottentot Venus'. *History of Science*, 42(2), 233-257. <https://doi.org/10.1177/007327530404200204>

Treves, F. (1923). *The Elephant Man and Other Reminiscences*. Casell and Company.

Torrano, A. (2014). La monstruosidad en G. Canguilhem y M. Foucault. Una aproximación al monstruo biopolítico. *Ágora: papeles de Filosofía*, 34(1). <https://doi.org/10.15304/ag.34.1.1594>

Cómo citar este artículo:

Faggiano, N. (2023). Monstruos anatómicos: fetichismo científico y "errores de la vida" en el siglo XIX. *Trazos-Revista de estudiantes de Filosofía*, 2(7), 14-22

